

jóven muy hermosa que tiene un lunar debajo de la barba?—Si, señor, esa, esa mismísima es la que va á profesar.—Hombre, usted se engaña. ¡Si eso no puede ser! ¡sobre que esa niña está para casarse! —Eso yo no sé; pero vaya usted mañana al convento, y allí saldrá de la duda, y usted perdone que no le dé mas contesta porque me está gritando el amo. Con esto se despidió el portero, y Welster se fué para el meson lleno de las ideas mas tristes, y no queriendo creer lo que pasaba.

No [pudo conciliar el sueño en esa noche, y así luego que vió la luz del dia, se vistió y comenzó á pasearse por su cuarto, deseando que llegara la hora de ir á la iglesia para ver por sus ojos lo que le habia dicho el portero, haciendo contra la inocente Carlota los mas injustos discursos.

Llegó por fin la hora funesta, tomó una taza de café, y entrándose en el templo vió é hizo lo que sabrá el lector, si quiere leer el capitulo que sigue.

CAPITULO XVIII.

En el que se concluye la historia de Jacobo y de Carlota.

No hay que esperar firmeza en esta vida. Todos los hombres son variables; pero mas que los hombres las mugeres. Ellas son el depósito del fingimiento y la superchería. Sus ternezas son adulaciones, y

sus mas firmes juramentos no pasan de unas mentiras estudiadas. Mal haya el que se cree de unos entes tan débiles y miserables, que abusan de los dotes de la naturaleza y de la ternura de su seco para engañar un corazon sensible y generoso. Mas ¿quién no se creerá de una muger hermosa, cuando jura y promete ser firme hasta la muerte; y mas si llama el llanto para que sostenga su mentira? Las lágrimas y los suspiros son unos arbitrios eficaces, que tienen á mano estas viles criaturas intrigantes para alucinar á los incautos....

De esta ó de peor manera pensaba Welster dentro del templo, creyéndose agraviado de su amante Carlota; pero no pensaba con razon, porque hay mugeres fieles que conocen las leyes del honor y saben cumplir firmemente su palabra; mas Welster no entendía de eso. En aquellos instantes no pensaba sino en tomar satisfaccion de la inconstante Carlota, que tal concepto le merecía.

Se entró por fin al templo, y se acomodó cerca del coro: comenzó la misa y siguió el sermon segun se acostumbra. El orador ponderó las virtudes de la novicia con arreglo á las instrucciones de su padre, y entre otras cosas decia: ¿A quién te compararé, á quién te asemejaré, feliz Carlota, hija de Dios y destinada para la celestial Jerusalem? Tú, en la tierna

edad de diez y seis años (1) supiste despreciar la vanidad, y con pié firme hollaste un mundo falaz que te seducía con sus placeres y pompas lisonjeras, para seguir con tu cruz á Jesucristo tu esposo predilecto....

Jacobo oía el sermón, y cada palabra del orador hería su espíritu vivamente, renovando el mal juicio que se había formado de Carlota.

Concluida la misa, el preste y los ministros del altar se dirigieron al coro para solemnizar la profesión. Las religiosas se ordenaron en dos filas con vela en mano, la abadesa tomó el lugar que le correspondía, y entonces Welster que estaba muy inmediato á la reja pudo ver bien á su amada Carlota. Esta tenía los ojos bajos, y su macilento semblante manifestaba su estragada salud. Jacobo la veía de hito en hito, observaba las ceremonias religiosas, y escuchaba los cánticos sagrados con una atención impertertable. Amaba tiernamente á Carlota, y su vista renovó su cariño, pero al mismo tiempo que se creía abandonado de ella sin motivo, en un instante convertía en odio mortal aquel afecto que volvía á desear para quererla. De modo que su atribulado co-

(1) Solo cumplidos los diez y seis años se debe admitir la profesión: haciéndose con menos edad es nula por disposición del citado Concilio. Ses. 25. cap. 15.

razón batallaba á un tiempo con dos pasiones opuestas entre sí, el aborrecimiento y el amor, y sintiéndose agitado de las dos, no tenía libertad para decirse por ninguna.

Entre estos amargos momentos llegó el de la profesión de Carlota. El sacerdote le hizo una exhortación breve y patética acerca de la vida religiosa, durante la cual, ella no alzaba los ojos de la tierra que estaba regando con sus lágrimas. Así que el sacerdote concluyó, pasó la novicia á hacer la profesión en sus manos. Cada movimiento, cada palabra de ella era un puñal con que atravesaba el corazón de Jacobo sin saberlo. Este la contemplaba sin moverse; pero cuando la oyó decir, aunque con débil voz. Yo, sor Carlota de Jesus, hago voto y prometo.... no pudo contenerse: perdió el juicio, se olvidó de la prudencia, y sin atender al lugar en donde estaba, con una voz fuerte é indignado, le dijo: ¿Qué prometes perjura?... ¿Me conoces?

El formidable grito de Jacobo penetró los oídos de Carlota. Levantó sus ojos abatidos, y los dirigió hácia donde oía el eco pavoroso; conoció á su amante, y con una voz desfallecida, dijo: ¡Ay Welster.... la fuerza.... No pudo articular otra palabra. Un sudor frío bañó su hermoso rostro: su vista se eclipsó: la convulsión sacudió sus miembros fuertemente, y

hubiera caído en tierra desmayada, si no la hubieran sostenido las monjas.

Todos se sorprendieron con tan inesperada novedad. Un serdo murmullo se estendió por el templo: Labin, que habia ido con el cura D. Jaime para cerciorarse de la profesion, y estaba cerca del coro, luego que oyó á su amigo Welster, corrió adonde estaba y le dijo: Ya es menester que te sostengas. El escándalo es mucho. Hazlo tú por mí, le respondió Welster, porque yo no estoy para hacer ni decir cosa á derechas. El oficial Labin que acababa de dar el consejo, luego que se halló comisionado por su amigo, se embarazó, y no se atrevia á hablar una palabra; pero el cura lo sacó del cuidado. Se acercó á la silla del preste, y le dijo: Me consta que esta profesion, en caso de ser, será violenta: sírvase usted hacer que se suspenda, mientras vamos á dar parte del caso á su Illma. Acuérdele á la abadesa la excomunion del Concilio, por si quisiere hacer una violencia. Dicho esto, llamó á Labin y á Welster, y entrando en un coche, partieron al palacio arzobispal.

En un momento llegaron é informaron al señor arzobispo, quien mandó que fuera el secretario, que llamase á la novicia á un confesonario para que libremente le dijese si era su gusto profesar ó no, y que en caso de que no quisiera, inmediatamente notificara á la abadesa en su nombre que le diese su

ropa de secular, y se la entregara; lo cual verificado, pasara aquella señora á la casa del conde de la Roca, en la que se mantendría en clase de depositada, hasta que el señor virey determinase si podia ó no casarse.

Entre tanto que esto pasaba en palacio, volvió en sí Carlota, y creyéndose ligada con los votos, y desunida para siempre de su amante, prorrumpió en tan amargo llanto, y en tan lastimosas exclamaciones, que enterneció á todos los circunstantes. Solo su padre estaba inflexible, y como le dijeron que habian ido á consultar al arzobispo, temia se le frustraran sus intentos, y agitaba á la abadesa para que recibiera la profesion de su hija; pero el sacerdote que presidia aquel acto, lo embarazó cuanto pudo, hasta que volvieron Labin, el cura, Welster y el secretario.

Sin pérdida de tiempo practicó este último las órdenes del prelado; y habiendo Carlota protestado la fuerza con que iba á profesar, porque su intencion era ser esposa de Welster, notificó á la abadesa se la entregara, pena de excomunion mayor reservada al arzobispo. La abadesa obedeció al punto. Llevaron á Carlota para adentro, la vistieron de secular, y despues la bajaron á la porteria donde la esperaba Welster y sus amigos.

Luego que se la entregaron al secretario y se vió

libre de las monjas, corrió hacia Jacobo y lo abrazó sin hablar una palabra, porque las lágrimas se lo impedían. Ella no tuvo ni miramiento ni vergüenza en aquel acto. ¡Qué cierto es que una pasión vehemente no deja reflexionar en nada! D. Tadeo, que todos estos lances presenciaba, hubiera querido matar á su hija y á Welster, cuando los vió abrazarse; pero sus amigos le impidieron acercarse á ellos.

Sin embargo, ya que no podía usar de su mano contra ella, usaba de la lengua, llenándola de los oprobios y confundiéndola entre sus acostumbradas maldiciones, que no atendió Carlota, embriagada con el gusto de haber visto á su esposo, y de haberse escapado de ser monja: bien que el secretario y los demás señores, hicieron mucho por no dar lugar á que oyera á su padre, apresurando la despedida de las monjas; y luego que esta ceremonia se concluyó, la subieron al coche y la condujeron á la casa del conde.

Naturalmente nos interesa el bien de nuestros semejantes, y así todas las gentes que habian presenciado este raro suceso, y se habian informado de la causa y circunstancias de él, felicitaban á Carlota. ¡Pobrecita! decian: ¡gracias á Dios que ya no fué monja á fuerza! ¡Maldito sea el viejo codicioso de su padre!

Ya se sabe cuánta es la desvergüenza de un pue-

blo conmovido. Estas palabras no las decian en voz baja, sino muy recio para que las oyera D. Tadeo, que se quedó pateando y blasfemando en la portería. Sus amigos fueron desfilando uno por uno, hasta que lo dejaron todos, y él se quedó solo repitiendo: "Ya no es monja, maldito sea su padre." El cochero y el page temiendo que las gentes rabiosas no hicieran con él alguna tropelía, y conociendo al mismo tiempo que no tenia el juicio en su lugar, cargaron con él y lo metieron en el coche, acompañándolo el page para que fuera mas seguro. De esta suerte lo condujeron á su casa.

Entre tanto, el secretario y sus compañeros entregaron la noble depositada al conde y á su esposa con recomendacion del arzobispo, y estos señores la recibieron con las mas sinceras demostraciones de cariño y de ternura, luego que supieron sus desgracias, asegurando á Welster que descansara en su cuidado, pues ellos no solo se dedicarían á complacerla, sino que se valdrian de la estimacion que merecian al virey, para que informado de la ninguna justicia que tenia D. Tadeo, le dispensara la edad, y concediera su permiso para que se casasen cuanto antes.

Se despidió Welster y los demás señores de los condes, y suplicando al secretario que los acompañase, fueron á palacio en la misma hora, é informaron á S. E. de lo acaecido. El virey dijo á Welster que

pusiera su pretencion por escrito, y que resultando cierto cuanto esponia, podria esperar un decreto favorable en justicia. Con esto se retiraron todos muy consolados, dejaron al señor secretario en el arzobispado, despues de haber dado las debidas gracias á su Illma. Luego el señor Labin llevó á Welster á su meson, y él con el cura fué á casa de D. Tadeo para consolarlo y persuadirlo á que desistiera de la tenaz resistencia que oponia para el casamiento de su hija.

Trabajo costó al cochero poner el coche frente á la puerta de D. Tadeo, porque la gente plebeya se habia agolpado allí, y casi no dejaba pasar á nadie por la calle. La causa era, que D. Tadeo les estaba arrojando por el balcon los dulces, bizcochos y licores prevenidos para el refresco. Subieron Labin y el cura, y lo encontraron solo en su sala y en la mas ridicula figura, porque estaba sin casaca, con el chaleco desatacado, la camisa rota hasta la cintura, con la barriga y la calva al aire, porque habia tirado la peluca, y todo él hecho un asco, lleno de dulce, empapado en vino; pero muy afanado en tirar á la calle hasta los vasos, repitiendo sin cesar: "Ya no es monja, maldito sea su padre."

El señor Labin y el cura se compadecieron del miserable viejo, procurando consolarlo y hacerlo so-

segár; pero todo era en vano. Por momentos se ponía mas furioso.

A este tiempo entró su hija Adelaida, y apenas la vió cuando creyendo quizá que era Carlota, lleno de la furia mas infernal, le dijo: no hay herencia, maldita, no la esperes. Diciendo esto le tiró con un frasco de cristal con tanta fuerza y tal tino, que se lo hizo pedazos en la cara. Cayó en tierra Adelaida bañada en sangre, y su padre sobre ella dándole furiosas puñadas, y aun la hubiera ahorcado con sus manos, si no entraran el cochero y el page, con cuyo auxilio pudieron librarla el señor Labin y el padre cura.

Lo ataron como era regular, y lo metieron en su recámara: pusieron en otra á la desventurada Adelaida: llamaron un médico, y se encargó el cura de cuidar la casa en compañía del escribiente, que por casualidad llegó á ese tiempo, y el señor Labin pasó á informar á S. E. quien, como conocia su honrada conducta, le previno por órden escrita que recogiese todos sus papeles, las llaves de las arcas, y se hiciese cargo de todos los intereses, inventariándolos con noticia del cajero mayor, y reteniéndolos en custodia, cuidando al mismo tiempo de la salud de D. Tadeo.

Todo se hizo como el virey determinó. A Adelaida la pasaron á su casa en una camilla, porque podia

perjudicarla mas el movimiento del coche. Alguna terrible puñada recibió en el pecho, porque echaba sangre por la boca. Luego que entró á su casa y la vieron en tal estado su marido y sus hijos, comenzaron á llorar amargamente; pero ya no era tiempo sino de asistirla con cuidado.

El señor Labin, de acuerdo con el coronel y el cura, procuró que se anduviera cuanto antes el negocio de Carlota y Welster, sin que ella trascendiera nada de las desgracias de los suyos. Con el favor del conde, y mucho mas sabiendo el virey que su padre estaba loco de remate, concedió su superior permiso para que se casara con Welster, lo que se hizo secretamente en la misma casa de los condes, que se ofrecieron por padrinos.

A pocos dias se agravó D. Tadeo, habiendo tenido la felicidad de que se le despejase el cerebro perfectamente dos dias antes de morir. El no era idiota, y aprovechó estos preciosos momentos: conoció sus yerros: se reconcilió con la Iglesia: se dispuso cristianamente: otorgó su testamento, mejorando en gran parte á Carlota: mandó que entrase su escribiente, y despues que le dictó una carta reservada, la cerró con su sello, se la entregó al señor Labin, suplicándole que despues de su muerte y funerales, la pusiese en manos de su hija, á la que no se atrevia á ver, confundido de su inicua conducta. Reci-

bió los santos sacramentos, y el dia siguiente murió como cristiano quien habia vivido como idólatra de su dinero.

No se pudieron ocultar estas cosas al esposo de Adelaida, porque esta lo enviaba diariamente á saber de la salud de su padre; pero tenia bastante prudencia, y así fué fácil que las hijas ignoraran la muerte de su padre, hasta que Adelaida se restableció. Ella padeció mas de un mes y quedó con la cara señalada para siempre, lo que no fué poca fortuna.

El señor Labin, el cura, el coronel y Welster mismos emplearon sus talentos para dar á las hijas la triste noticia del fallecimiento de su padre, y para inspirarles la debida conformidad con la voluntad divina, especialmente á Carlota, que como la mejor hija, lo sintió mas, pero por fin las dos se conformaron á la fuerza.

Entonces se vistieron los lutos de costumbre, y cuando al señor Labin le pareció las hizo estar juntas, y en su presencia abrió la carta de su padre, á su ruego la leyó, y oyeron que decia de esta manera.

CARTA DE D. TADEO A SU HIJA CARLOTA.

Querida hija mia: á las orillas del sepulcro hiere la luz de la verdad poderosamente nuestros ojos. Apasionado por la maldita codicia del dinero, creyéndome inmortal, y te-

miendo me fallara, te iba á precipitar en un abismo de miserias, te iba á hacer infeliz eternamente, precisándote á abrazar un estado para el que no tenias vocacion, sin considerar que no era mi autoridad ilimitada, y que el Dios de bondad y de justicia no esige de nosotros sacrificios violentos, ni aprecia los que se hacen á costa de su ley sacrosanta; mas yo, ciego por el vil interés, me desentendí de estas verdades, sofoqué el continuo clamor de mi conciencia, desprecié los avisos de los hombres de bien, y atropellé con las censuras de la Iglesia, haciéndome á un tiempo odioso al cielo y á la tierra.

Pero ya que el Dios de las misericordias ha querido deramarlas sobre mí con tanta liberalidad, concediéndome el uso de la razon que habia perdido, quiero yo corresponder en algun modo á su bondad, y aprovechar estos pocos instantes que me restan.

Conozco mi error, lo confieso, lo detesto, y con lágrimas de mis ojos te pido perdon, hija mia, de los agravios que te inferí. Perdóname, Carlota, perdóname, hija de mi corazon: no te acuerdes que tuviste un padre cruel, ni ceses de rogar á Dios por él.

Pídele tambien de mi parte perdon al jóven Welster, al coronel, al señor Labín y á cuantos escandalicé con mi mala conducta para contigo.

Perdona asimismo á tu hermana, que fué causa de estas escenas desgraciadas.

Tengo otorgado mi testamento, en el que te nombro por

heredera de mis bienes. Distribuye el quinto de ellos por tu mano en beneficio de los pobres, para que Dios perdone mis pecados.

Únete en su santa gracia con Welster, pues no te desmerece, y tú lo quieres. Procura vivir en paz toda tu vida, y si tuvieres hijos, jamas abuses de tu autoridad para violentarlos á que abracen el estado que repugnen.

Dígnate, en fin, de admitir esta carta, como la única satisfaccion que puede darte un padre que te ama, y apenas puede respirar. Yo quisiera estrecharte entre mis brazos por última vez; pero conozco tu corazon sensible, y temo que facilitarte este paso, seria tal vez asesinarlo con amor. Recibe desde aqui mi postrera bendicion: Dios te prospere en tu nuevo estado: Dios dilate tus años en la mas perfecta salud. Dios te llene de bienes y de gracia, y te haga feliz eternamente.

A Dios, hija querida; á Dios para siempre, hija Carlota; recibe en tu corazon el de tu arrepentido padre.—TADÉO.

Bien se deja entender la conmocion que causaria en todos la lectura de esta carta, especialmente en los interesados. Cada uno manifestaba su dolor, á proporcion de la parte que tenia en él. Carlota y Adelaida levantaban sus ayes hasta el cielo: Welster estaba sin moverse apoyando la frente en sus dos manos: Doña Matilde y las demas señoras no podian interrumpir sus sollozos cuando consolaban á Carlota: el coronel y el cura se paseaban en silencio por

la sala, limpiándose los ojos cada rato: el señor Labín le dió la carta á Welster humedecida toda con sus lágrimas, y se fué á sentar en un rincon. En una palabra, todos estaban penetrados de la ternura y el dolor.

Este se aumentó vivamente cuando Adelaida, hecha un mar de lágrimas, se arrojó á los piés de Carlota, y abrazándola por las rodillas, entre avergonzada y compungida le decia: "¡Ay hermana de mi alma! yo he sido la causa de tus desgracias y de la muerte de mi padre. Soy una vil, una indigna, que por un ratero interes tomé de ti una venganza cruel; pero el cielo me castigó por la mano de nuestro mismo padre. Yo llevaré en mi cara toda la vida las señales de mi maldito proceder; pero las llevaré con gusto si logro volver á tu amistad. Perdóname, Carlota, perdóname hermana de mi vida."

Era muy sensible Carlota para dejarla proseguir; y así levantándola á sus brazos, la estrechó en ellos, la besó mil veces en la cara, y mezclando sus lágrimas con las suyas, le decia: "Cállate por Dios, Adelaida: ya basta, ya todo se acabó: yo jamas te he tenido rencor: siempre te he amado, y desde ahora te juro que te he de amar, mas que nunca....."

Todos los concurrentes se interesaron en separarlas, y cuando á fuerza de llorar calmó un poco la congoja de las dos, dijo el coronel: Ya basta, señoras,

ya está bueno: seamos sensibles, pero no nos entreguemos á la pena sin prudencia y sin moderacion. No se hable ya otra palabra sobre los pasados agravios. D. Tadeo y esta señora han borrado muy bien sus flaquezas con su sincera compuncion, ni Dios nos pide mas para perdonarnos, que un arrepentimiento verdadero.

Por lo que respecta á sentir la muerte de vuestro amado padre, es muy justo; pero ya se ha dado harto desahogo al sentimiento: ahora es menester sostenerse en los motivos que teneis de consuelo. Advertid que vuestro padre descansa en paz. Esa carta manifiesta una disposicion cristiana, y esta le abrió las puertas del Paraiso.

Así lo debemos esperar de la misericordia del Señor. Si no lo hubiera querido para sí, si su condenacion hubiera estado decretada, la muerte lo hubiera sorprendido en uno de los accesos de su locura; pero pues Dios le restituyó el juicio, y él se previno con tan cristiana disposicion, señal es que fué para salvarlo, pues Dios nada hace por acaso. ¡Ojalá que cuantos padres lo imiten en la culpa, tengan el tiempo, los auxilios y la resolucion necesaria para imitarlo tambien en la penitencia!

Así consoló el coronel un poco mas á las dolientes, y Doña Eufrosina como tan obsequiosa, les sacó vino y zoletas, que les obligaron á tomar.

Los demas señores procuraron variar la conversacion con disimulo hasta que lograron serenarlas. D. Dionisio les instó para que aquel dia lo acompañaran á comer las dos hermanas, Welster, y el señor Labin, á lo que condescendieron gustosos. El coronel no quiso quedarse, y así se despidió de todos, y se retiró con su familia y el señor cura para su casa.

INDICE

DE

LO CONTENIDO EN ESTE PRIMER TOMO

Cap. I. <i>En el que se da razon de quienes fueron estas dos señoras, y de la primera educacion de ambas.</i>	1
Cap. II. <i>En el que continúa la materia del antecedente.</i>	19
Cap. III. <i>En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana....</i>	45
Cap. IV. <i>En el que se trata una materia entretenida.</i>	79
Cap. V. <i>En el que se trata un asunto de gravissima importancia.....</i>	98
Cap. VI. <i>En el que luce mucho la instruccion y edificante conducta de la madre de Pomposita.....</i>	119
Cap. VII. <i>En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y una conversacion que tuvo con su esposa.....</i>	143
Cap. VIII. <i>En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Navices, y la defensa que hizo de las mugeres.....</i>	157
Cap. IX. <i>Refiere el cura los versos, y se trata sobre la profundidad de las mugeres y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno.....</i>	179
Cap. X. <i>En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.....</i>	201